

Resaca de Rubik

Daniel Prior Gijón

ADVERTENCIA: Todo el contenido del presente relato es ficticio y, Por tanto, compete a cada lector juzgar cómo o en qué grado puede Corresponderse con la realidad. Este relato está dirigido única y exclusivamente a un público Mayor de edad y emocionalmente maduro.

1

6.30. Amanece un nuevo día. Amanece de noche, porque es enero. Empieza una nueva semana.

La alarma del móvil sigue sonando fuerte. Lucía la tiene configurada en un sonido de pitido al volumen máximo, y deja el terminal relativamente lejos de la cama, por miedo a quedarse dormida.

Ha vuelto a las clases recientemente después de las vacaciones de Navidad, que pasó sola. Bueno sola, con su querida compañera de piso.

Ya está, ya había vuelto a pensar en ella.

Aun así, no necesitaba más de dos segundos para levantarse de la cama de un salto y apagar la alarma. Después, de forma ritual y quizá un tanto compulsiva, comprobaba lo que ya sabía en la barra de notificaciones del móvil.

Estas eran las nuevas de este día:

Lunes, 12/01/2014, 6:30, ninguna notificación.

Y, también de forma ritual, se planteaba lo de siempre: no tenía quién.

Se duchó, como siempre, en cuestión de diez minutos, se vistió con un pantalón vaquero gris, camiseta y sudadera beige, se peinó, sin arreglos, el pelo liso largo y moreno muy ligeramente ondulado y se pintó lo más básico, la raya del ojo.

No le importaban mucho las convenciones sociales, y ese era el único punto en el que cedía. El resto de las chicas de la Facultad iban casi todas maquilladas y, las que no, ya no es que pasaran inadvertidas como ella, es que además se las miraba como bichos raros.

Después se fue a desayunar al comedor, allí estaba Nuria:

—Me faltan galletas —le espetó sin saludarla.

Lucía una vez más se reprimió. Si no era una cosa era la otra, pero esta vez bien podría haberle dicho que una vacaburra de su calibre bien podría haberse comido un ñu sonámbula.

Y es que, en efecto, al contrario que Lucía, que era menuda y delgada, Nuria era alta para su género, y corpulenta tirando a gorda. Pero era fuerte. Lucía no se preocupaba por una posible pelea física con ella, pero esto por algún motivo la intimidaba mucho.

—Pues yo no he sido —se limitó a contestar Lucía.

—Pues ya me dirás quién —siguió la otra en un tono odioso—, porque aquí sólo vivimos tú y yo.

.—¿Alguno de esos tíos que te traes? —se atrevió a replicar Lucía.

—Que tú seas una puta frígida no quiere decir que las demás no tengamos derecho, y te digo que sé que has sido tú.

Cuando no es una cosa es otra, volvió a pensar Lucía, lo está haciendo por joder, sabían las dos, pero esa mañana le volvió a dar el desayuno, a amargarle el día desde el minuto uno.

Lucía tomó lo de siempre, leche con miel, y se dirigió a la Autónoma.

El piso de Lucía y Nuria estaba en la Plaza de la Infancia, en el barrio de Chamartín.

Salió por la puerta, se puso música en el móvil y se dirigió a la Universidad en transporte público, más ahogada por la rutina y por esa asquerosa que le había tocado que por otra cosa.

2

Las cosas en clase fueron como siempre. Sólo se le atragantaba Electromagnetismo, pero como a todo el resto de la clase excepto a uno que estaba muy pasado de página.

Durante las lecciones, ella solía jugar con un Tamagotchi que un viejo amigo con el que había perdido contacto le regaló para su dieciocho cumpleaños.

El cabrón lo había clavado, la prueba es que Mint seguía vivo, dos años más tarde. Ni siquiera sabía si él podría imaginarlo.

Comió en la cafetería de su Facultad, la de Física. Ese día tocaban macarrones, que le gustaban. Comía sola, pasaba desapercibida.

Esto por un lado le agradaba, pero por otro lado sentía una especie de vacío o de carencia. Más bien eso era su zona de confort.

Ese día un hombre, de unos veintitantos años, muy alto, con el pelo negro azabache y que vestía un abrigo de salir se sentó con ella en la otra silla de su mesa sin mediar palabra.

Tenía los ojos color verde lima.

—Pregúntame lo que quieras —dijo como entrada. Su voz era melosa.

—¿Por qué la materia tiene masa? —Fueron las palabras que salieron de su boca.

—No te andas con chiquitas. Te contestaré quizá, y sólo quizá, si eres capaz de definir con exactitud qué significa “por qué”, “materia”, “masa”... “Tener”. Y, por qué no, “qué”, es decir, “¿Qué es el ser?”.

.—Vale, ¿Quién eres?

—Rafael, Rafa para los amigos.

—Gracias por presentarte, Rafa, ahora dime, ¿Quién eres?

Él sonrió.

—Estoy terminando el Grado en Filosofía. Muchas veces vengo como oyente a las lecciones de Física y sí, te he estado observando de lejos.

A ella por algún motivo nada de esto le extrañó.

—¿Haces algo esta tarde? —preguntó él.

Lucía no podía dejar pasar una oportunidad así, simplemente no podía.

—Nada.

—Bien. Termina de comer, con calma, luego daremos una vuelta por aquí y a ver qué pasa.

3

De algún modo Lucía había acabado de la mano de Rafa en la cafetería de la Facultad de Filosofía y Letras.

Estaban en la barra:

—Dos piscinas —pidió Rafa al camarero.

Este preparó dos vasos de tanque de cerveza y dos latas de Voll-Damm de medio litro.

—Creía que en ningún bar de la Universidad servían nada más grande que un tercio —dijo ella.

—Y así es.

Rafa pagó con un billete de 5 euros. Pero no sólo hizo eso. Por debajo de la manga del abrigo sacó lo que parecía un paquete de tabaco vacío y lo dejó en la barra.

Lucía hizo como que no había visto nada y se sentaron a una mesa. Empezaron a beber. Rafa llevaba buen ritmo y ella no quiso quedarse atrás.

—¿No tienes nada más que preguntarme? —Volvió a insistir Rafa.

—Eres un pozo sin fondo, ¿No? A ver, la conjetura de Riemann, ¿Es verdadera o falsa?

—Te lo digo si me dices qué opinaba Heráclito sobre el alma humana.

Lucía paró un segundo. Ese tipo estaba un poco grillado, era virtualmente imposible que supiera la respuesta, pero decidió seguirle el juego.

—Que de tan profunda que es, resulta insondable, no se puede conocer su fondo.

—¿Qué haces estudiando Física? —dijo Rafa riendo—. La hipótesis de Riemann es una conjetura, así que tal vez la solución pueda pasar por plantearse tanto que es cierta como que es falsa a la vez y contrastar los resultados...

»Pero, te advierto, no serías la primera persona, y probablemente tampoco la última, a la que se le va la chaveta por ese rompecabezas en concreto, así que piensa antes de actuar.

Pasaron la tarde juntos en esta línea. Finalmente, Rafa le dijo a Lucía que tenía un minipiso en el centro y que podrían ir juntos.

Lucía aceptó.

4

El minipiso de Rafa estaba en Cuatro Caminos, fueron en Renfe porque Lucía no conducía ni Rafa tampoco, este último arguyendo que eso “es de pobres”.

—Joder con los minipisos —dijo Lucía en voz alta nada más entrar.

Sólo había una cama pequeña, un sillón y una puerta que debería llevar a la cocina y al cuarto de baño.

—Tumbate —dijo Rafa.

—¿Y tú?

—Yo estoy bien sentado. Lucía se tumbó.

—¿Estás cómoda?

—...Sí.

—Tengo algo para ti. Espera.

Rafa volvió con una taza metálica que contenía lo que parecía ser una infusión.

—Esto, Lucía, no es ningún juguete. Se llama Ayahuasca. Es el psicoactivo más potente del planeta.

»No es recreativo. Yo lo tomé en su día y me ayudó mucho. Creo que a ti te hace auténtica falta, pero no puedo decidir por ti.

Lucía no sabía qué hacer.

.—Por cierto —siguió Rafa—, si yo fuera tu corazón, eso que dijo Heráclito que es insondable, ¿Qué me dirías?

—Habla.

—*Lo que tú puedes comprar, yo lo puedo comprar más barato.*

5

6.30. Amanece un nuevo día. Lucía mira su móvil, hace su ritual.

Algo le descuadra, es martes 13. Debería ser lunes 12. Le da mucha importancia, pero no consigue explicárselo.

Nuria la increpa de buena mañana:

—Me faltan ocho panecillos de leche.

Es ridículo. Hasta Nuria debería haberse dado cuenta de que esa acusación no hay forma de creérsela. Pero eso no es lo que le descuadra. Es otra cosa.

Ocho. Ese número, ocho. Se le clava en la mente. Es como si tuviera significado. Le quiere decir algo.

Discuten acaloradamente.

Lucía se prepara su leche con miel. La etiqueta del bote de miel es naranja.

Nunca había reparado en ello.

Pero es la misma sensación que con el ocho, se le clava, la atormenta, tiene significado. De repente se acuerda de Rafa. Debió soñarlo. Claro que también era martes, martes 13. Estaba extremadamente confusa.

Esa droga... Ayahuasca. El nombre se le quedó grabado. Intentó buscar información en Internet con su móvil al respecto, pero todo era confuso, era como si no encontrara nada en su idioma... O tal vez era su lenguaje.

6

Lucía llegó a la Facultad. La primera hora la pasó muy atormentada, viendo sólo números ocho por todas partes.

La cosa había llegado más lejos, la letra hache era la octava del abecedario, y ahora ésta la hería por igual.

A la segunda hora, Rafa cruzó por la puerta. Lo primero que debió haberla asustado fue que no lo había soñado, pero es que el tío estaba vestido de judoca.

.Se sentó junto a ella. Ella intentó hablarle, pero entonces recordó que el acudía de oyente, por eso no le extrañó que no la respondiera.

Lo que sí le extrañaba es que el cinturón del traje era el naranja. Era muy bajo para alguien de su edad.

Por algún motivo, este naranja la hería más que cualquier otro. Aguantó el día en esta tónica como pudo y regresó a su piso.

7

Esa tarde, Lucía no sabía qué hacer. La radio, la tele, música, leer. Daba igual lo que hiciera, todo le gritaba algo, pero no sabía el qué. Y esto la dañaba aún más.

Nuria entró por la puerta y Lucía salió a su encuentro. Nuria llevaba en la mano un saco de naranjas grande.

—Quiero que te las comas —dijo Nuria en un tono grosero, hiriente, y por algún motivo lascivo.

A Lucía se le estaban acabando las opciones, le estaban dando fuertes taquicardias. Su salida fue golpear a Nuria con la mano abierta.

Nuria se tiró a por ella y esta vez Lucía le dio un puñetazo, lo suficientemente fuerte como para acobardar a casi cualquier rival.

Pero este no era el caso de Nuria, que fue a golpear a Lucía con todas sus fuerzas y en ese momento Lucía decidió contraatacar con una llave.

8

Lucía estaba tumbada en la cama de Rafa.

Las paredes temblaban, parecía que el piso entero iba a colapsar sobre ellos.

—¿Qué es esto? ¿Por el amor de Dios qué me has dado? ¿Qué me está pasando?

—Esto, Lucía, es tu mente destruyéndose a sí misma. Ahora sólo dime. ¿Estás preparada?

Con lágrimas en los ojos, sin atreverse a abrirlos, Lucía asintió. En ese momento oyó una fuerte palmada.

9

Lucía estaba sobre el diván del despacho de su psicóloga.

.“Tenía ocho años. Mi padre había bebido demasiado hasta para ser él- Estaba pegando a mi madre. La iba a matar. Yo me ofrecí como cebo y le llevé al borde de la piscina. Allí le hice una llave y lo arrojé al agua. Después, entretuve a mi madre... Lo maté”.

Lucía oyó dos palmadas.

10

—Dime, Lucía —la voz de su psicóloga sonaba firme y confiable—, ¿Cómo te ofreciste como cebo?

Abrió los ojos.

—Le toqué los genitales —dijo finalmente con frialdad y en un hilillo de voz. Dejaron pasar un tiempo prudencial.

—Supongo que tendrás muchas preguntas.

—Esa droga... Ayahuasca. ¿Existe?

—Verás, Lucía, sobre lo que acaba de pasar aquí tienes que entender tres cosas: te ha costado una pasta, ha funcionado y que no está exactamente dentro de la... Legalidad —dijo torciendo el tono y el gesto.

»Pero eso no es lo importante.

—¿Y qué es?

—Que entiendas, que esto que ha pasado sólo supone un nuevo comienzo, nunca un **fin**.